

## CAPITULO LXXIV.

## Coincidencia.

**D**IEGO Mendez pasó toda la noche sin poder conciliar el sueño.

Calculó el tiempo que podía tardar el indio en cumplir su encargo y volver con Sagredo, y hasta entónces contuvo su impaciencia.

Pero trascurrieron algunas horas más, y su ansiedad no tuvo límites.

Resolvió ir al encuentro de Azcala, y ya iba á ponerse en camino, cuando oyó la voz del indio.

Poco despues se presentaba Sagredo á Mendez, y los dos antiguos amigos se confundian en un afectuosísimo abrazo.

Azcala aguardó las órdenes de su amo.

—Vigila los alrededores, le dijo Mendez, y prepáranos algunos alimentos.

Los dos amigos quedaron solos.

Como por el diálogo que entablaron pueden mis lectores saber algo acerca del pasado del nuevo personaje que tienen en escena, voy á reproducirlo.

—¡Qué sorpresa he experimentado, dijo Sagredo, al saber que os hallabais aquí!

—No habrá sido mayor que la mia, contestó Mendez.

—Os contaba entre los muertos.

—Pues yo estaba tan preocupado, que ni siquiera os contaba entre los vivos.

—Ante todo..... dadme noticias del almirante.....  
¿Vive?....

—Sí....

—Han corrido en España rumores de su muerte.

—¿Venís de allí?

—¿No os lo ha indicado el indio?

—Es cierto.

—El almirante sólo es quien me ha decidido á embarcarme, á pesar de mis años.

Mendez miró con afecto á Sagredo.

—Siempre leal y bueno para con él, le dijo.

—¡Qué quereis!... Dios me ha dado un corazon que sabe agradecer, y soy uno de los hombres á quienes más ha favorecido el almirante. Pero ved lo que es el mundo..... Muchas veces creo que al ver que le abandoné, que no fui con él á España cuando le llevaron encadenado, que no le acompañé en su expedicion al tocar en Santo Domingo últimamente, creo, repito, que pensará de mí que soy un ingrato. Y sin embargo, si yo os contara....

—En primer lugar, buen Sagredo, estais equivocado. El almirante sabe quiénes son sus verdaderos amigos.

—Pero las apariencias....

—Las apariencias engañan siempre, y ningun hombre de valor se fia de ellas.

—Con vos quiero ser leal.

—¿Acaso no lo sois?

—No del todo.

—Explicaos.

—Yo me hallaba presente cuando el infame Bobadilla cometió el atentado de encadenar á Colon. Era uno de los más inmediatos servidores del almirante, y el primer impulso de mi corazon fué seguirle. Tuve miedo de que no le hicieran

justicia, de que alcanzasen los tiros de la envidia que contra él fulminaban sus enemigos à los que más estrechamente unidos estaban á su persona, y obedeciendo en aquel instante, más que al afecto, al egoismo, me acerqué á Colon, y le dije: «Yo me quedo aquí para velar por vuestros intereses.» El creyó de buena fe mis palabras, y me respondió: «Tranquilo voy entónces.» Pero como las persecuciones de Bobadilla continuaron encarnizadas contra los amigos del almirante, tuve, para salvarme de su venganza, que fingirme dispuesto á hacer traicion al que hasta entónces me habia colmado de bondades.

—Yo, que os conozco á fondo, comprendo cuánto sufririais.

—Mucho, sí. . . . El sueño se alejó de mis ojos, la tranquilidad de mi alma. . . . Habia obrado impulsado por el amor de la familia: pensaba en mi esposa, pensaba en mis hijos; esperaban verme llegar rico, dichoso, y tenia que realizar sus esperanzas á toda costa. Pero los que obedecen á malos pensamientos y tienen conciencia, hallan el castigo en su propia culpa.

Sagredo se detuvo, porque la emocion embargaba su voz.

Repuesto un poco, prosiguió:

—Bobadilla me llamó: «Habeis sido, me dijo, el mayordomo del almirante; teneis noticia exacta de las tierras que se ha apropiado, de las cantidades de oro que ha reunido. Es necesario que me deis cuenta detallada de todo, que cuando llegue el caso declareis contra él en el proceso que se le formará. De lo contrario, sereis considerado como traidor, como cómplice suyo, y os alcanzará su castigo.»

—¿Y que hicisteis? preguntó Mendez.

Sagredo miró en torno suyo, como si temiera que le oyesen.

—¡Oh! Entónces cumplí con mi deber. Supe que al día siguiente partia un buque para España y fingí acceder á los

deseos de Bobadilla. Pero en aquel mismo instante me cerré en mi cuarto, cavé un hoyo ancho y profundo en el suelo, enterré en él la mayor parte de las riquezas de mi señor, sus más importantes papeles, cubrí perfectamente el hoyo, busqué á Bobadilla, le entregué bajo recibo, para mi salvaguardia, algunos de los objetos que yo custodiaba, le dí á entender que el almirante habia enterrado el oro en la Isabela, y me manifesté dispuesto à declarar contra él todo cuanto quisiera. Aquella misma noche partí á buscar al capitán del buque que debia darse á la vela; era antiguo amigo mio, le hablé, se condolió de mi situacion, y me acogió á bordo.

—¿Luego fuisteis á España casi al mismo tiempo que el almirante?

—Un mes despues llegué.

—¿Pero no os presentasteis á él?

—No.

—¿Por qué?

—Mi conciencia me decia que habia obrado mal, y no tuve valor para ponerme en su presencia.

—Sin embargo, habiais salvado gran parte de sus bienes.

—Necesitaba para ser digno de su aprecio salvarlos todos, vigilar de cerca á sus enemigos y parar los golpes que dirigieran contra él.

—¿Y lo habeis hecho?

—Sí.

—Hablad. . . . hablad.

—¡Ah! Sí, quiero contaros todo lo que me ha pasado, porque es extraordinario.

Mendez oyó con la mayor atencion, porque cuanto iba á referirle Sagredo era importante para el logro de sus fines.

—Oculto entre la muchedumbre, prosiguió Sagredo, ví al almirante embarcarse en Cádiz para emprender el cuarto viaje.

Vos le acompañabais.

Sus hijos, su familia, acudieron á despedirle.

Entre las personas más queridas de su corazón estaba Villejo, el noble oficial á quien todos estimaban, porque al mismo tiempo que habia cumplido con su deber, habia guardado al prisionero todas las atenciones que inspiraban el afecto y la consideración.

Con el alma transida de dolor por no haber podido besar aquella mano que tantos beneficios me habia dispensado, y más resuelto que nunca á redimir mi culpa, partí á Granada, donde estaba la corte, con el objeto de acercarme al hijo de Colon, de observar de cerca al obispo Fonseca, y de vigilar atentamente á todos los enemigos del gran hombre.

No bien llegué, supe con verdadera pena la inmensa desgracia que habia ocurrido á la santa mujer que servia de madre á los hijos del almirante.

—¿A doña Inés?

—Sí.

—Decid.... decid qué le pasó.

—¿Colon lo ignora?

—Ninguna noticia de semejante desventura ha llegado hasta él.

—Pues bien, oid. Al separarse de Colon, se adelantó su hijo. Doña Inés, Isabel y Villejo hicieron noche en una posada, y una infame mujer, una gitana, tendió un lazo al valiente soldado. Le buscó, le anunció que unos bandidos se habian apoderado del hijo mayor del almirante, y le indicó el paraje en donde le tenían encerrado, todo con ánimo de separarle de Doña Inés y de su hija.

—¡Miserable!

—Aun hubo más. Apenas las vió solas, robó á la niña y

arrojó sobre los ojos de su madre un líquido infernal, que la dejó ciega para siempre.

—Pero esa infame caeria en poder de la justicia y pagaria con una muerte terrible su martirio.

—No; pudo ocultarse, y guardó tam bien á la pobre niña de tal manera, que cuantas pesquisas se hicieron para descubrirla fueron inútiles.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio! exclamó Diego Mendez. Si estas tristes noticias hubieran llegado á conocimiento del almirante en la situación en que se ha hallado, en que aún se halla, hubieran acabado con él.

—Villejo, prosiguió Sagredo, debia unirse con Isabel, y al perder la esperanza de recobrarla, se consagró á velar por su pobre madre. Regresaron á Granada; la reina se enteró de lo que habia sucedido, y dió órdenes terminantes á la Santa Hermandad para que buscara á la jóven y á su raptora.

—¿Y al fin la hallaron?

—No.

—¿Tan impotente es la justicia?

—Todo hacia creer que poderosas influencias contribuian á que la jóven permaneciese secuestrada.

—¿Pero qué delito habia cometido para sufrir tanta crueldad?

—Ser uno de los seres á quienes más amaba el almirante, hallarse destinada á ser esposa de Villejo, cuya adhesión á Colon irritaba profundamente á los antiguos protectores del valiente soldado.

—¿Y no lograsteis averiguar qué influencia era esa? ...

—Yo conocia á Villejo, y procuré hacerme el contradicho. Mi objeto principal era que me llevase á la presencia del hijo de Colon, que, como sabeis, era paje de la reina. No tardé en conseguirlo, y entónces hablé á éste con sinceridad, le

dije quién era, lo que habia hecho, y le manifesté mi deseo de consagrar toda mi vida á reparar la falta de un momento. Para llevar á cabo mis planes con buen éxito, procuré entrar en relaciones con don Antonio Aguado, uno de los privados de Fonseca y enemigo irreconciliable de Colon.

—Le conozco demasiado.

—Me presenté á él como traidor, y no tardó en caer en el lazo. Llegó á tener tal confianza en mí, que me nombró su mayordomo y me hospedó en su casa. Gracias á esto adquirí un dato que es muy posible que á estas fechas haya servido para devolver la llorada hija á los brazos de su angustiado padre.

—¡Ah!... Contadme todo eso, dijo Mendez. Mi curiosidad y mi interes crecen á medida que avanza vuestro relato. Hubo, sin embargo, una pausa.

El indio les sirvió algunos alimentos, y despues de terminar su frugal comida, reanudaron los dos amigos su interrumpida conversacion.

Como por ella van á saber nuestros lectores algo acerca de Isabel, de su madre y de Villejo, como van á enterarse al mismo tiempo de los planes que habian llevado á Sagredo á la Española, de los acuerdos que Diego Mendez y él tomaron para salvar al almirante, voy á reproducirla.

## CAPITULO LXXV.

Donde por carambola se sabe algo del pasado, y se adivina un poco el porvenir.



o, prosiguió Sagredo, observé que Aguado era victima de un profundo pesar. La fortuna le sonreia, y sin embargo, no era dichoso; una pena continúa turbaba su sueño. A fuerza de indagar la causa de su tormento, pude saber que consistia en una pasion desgraciada.

—¡Una pasion aquel hombre, incapaz de abrigar en su pecho más que la vanidad y la codicia!

—La Providencia castiga de muchos modos. Una dueña habladora me contó que su amo se habia prendado de una mujer jóven, que habia querido seducirla; pero que la muchacha habia tomado tal ascendiente sobre él, que le ponía más sumiso que un esclavo con sólo su mirada.

—Un dia, añadió la dueña, tuvieron los dos una escena muy fuerte: él queria rebelarse, poseer aquel tesoro de belleza, y al ver la imposibilidad de lograr sus fines salió desesperado. cerró su casa con llave y se fué. Tuvo una entrevista con el obispo Fonseca, y al dia siguiente llegó hasta la puerta de su casa una litera. Poco despues salió la jóven encubierta con un velo, subió á la silla de manos, y Aguado dijo á los que la conducian: "Al convento"....

—Extraña historia.

—Así me habló la vieja, prosiguió Sagredo. Yo procuré ganar la confianza de Aguado, y para conseguirlo le hablaba á menudo de la inconstancia de la mujer, de los sacrificios que imponia al hombre, de lo indigna que era, de los tormentos que hacia padecer. Me oia con gusto, pero no lograba que me abriera su corazon. Entónces procuré averiguar sus maquinaciones contra el almirante, y adquirí la certeza de que Ovando, el nuevo gobernador de la Española, le era completamente hostil, porque estaba vendido à Fonseca y sus secuaces.

—¿Lo pudisteis dudar al ver que lo nombraban para reemplazar á Bobadilla?

—Al pronto sí: tenia fama de honrado, habia sido muy recto, y se explicó su nombramiento de una manera hasta favorable para Colon. Por otra parte, yo tenia motivos para no dudar de la consideracion de los reyes hácia el hombre que habia conquistado á su corona un Nuevo Mundo: le habian dado una escuadra, le habian revalidado sus cargos, le habian ofrecido devolverle el mando de la Española; yo creí de buena fe que la mision de Ovando era pacificar la isla, castigar à Bobadilla, y restablecer el órden y el respeto á la ley.

—¡Falsa creencia!

—Mi posicion cerca de Aguado destruyó mis ilusiones. Pude saber que el plan de los enemigos del almirante era suscitarle complicaciones para que, desesperado al fin, sucumbiese. Ovando notició hace poco, por medio de una carta confidencial que un español llevó á Soria, y éste envió al obispo Fonseca, que tenia motivos fundados para creer que el almirante habia perecido con todos los tripulantes en el viaje de exploracion que habia emprendido. Gloriábase de paso de ser la causa de su ruina, por no haberle querido dar embarcaciones que reemplazasen á las suyas, deterioradas por las tem-

pestades, y añadia que en cuanto pudiese asegurarse de que sus creencias eran ciertas, lo avisaria secretamente.

—¿Y cómo pudisteis averiguar el contenido de esa carta?

—Por la persona á quien encargó Soria que la llevase desde Sevilla á Córdoba, en donde á la sazón se hallaba Fonseca.

¿Quien direis que era?

—No puedo adivinar.

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer, á quien, como yo, conocisteis en estas tierras; pero disfrazada de paje.

—¿Estuvo aquí?

—Al servicio de Colon; era su paje predilecto.

—¿Y os reconoció?

—Sí; la casualidad quiso que nos encontrásemos, y como estaba persuadida de mi adhesion al almirante, despues de dárseme á conocer, me confió que para servir á Colon habia logrado por el mismo medio que yo ganar la confianza de sus enemigos. Tan bien habia desempeñado su papel, que era la portadora de los documentos más secretos que mediaban entre Soria y el obispo.

Ya veis, añadió Sagredo, despues de una breve pausa, que no estaba tan abandonado el gran hombre á quien veneramos.

—En efecto; pero seguid. . . ¿Qué hizo el obispo al recibir la carta de Ovando?

—Llamó á Aguado, y los dos convinieron en esparcir el rumor de que habia fundados motivos para creer que el almirante habia muerto.

—¿Y llegaron á su hijo?

—Sí; y tuve una entrevista con Diego. En ella convinimos en que yo hiciera lo posible por venir á la Española á

adquirir noticias. Conseguí que me enviasen á Santo Domingo con pliegos para Ovando y la órden de partir inmediatamente á España; esto con el objeto de decir la verdad de lo que se supiera acerca de su padre, y me puse en camino. Pero ví en Sevilla á Isabel Monteagudo, al fingido paje, le comuniqué mis proyectos, y al contestar á una pregunta que me dirigió, le dí algunos indicios que buscaba para descubrir el paradero de la niña que tan infamemente habia sido separada de los brazos de su madre. Ella supo que servia á Aguado, y como le conocia mejor que yo, me preguntó si habia llegado á mi noticia el rapto de una jóven, hija de doña Inés. Contestéle afirmativamente.

—«¿No habeis sabido, añadió, si por la época en que desapareció esa jóven llevó á su casa Aguado alguna dama?»

Esta pregunta fué para mí un rayo de luz: recordé todo lo que me habia contado la dueña, computé fechas, recogí indicios, y se despertó en mí el presentimiento de que la jóven que Aguado habia llevado á un convento era la que una madre ciega habia buscado en vano. Partí á Cádiz para embarcarme, y allí me presentó un jóven que iba á emprender el mismo viaje que yo, y que por venir muy recomendado á Ovando querian sus protectores, todos los enemigos del almirante, que yo fuese su compañero, su amigo y su guía.

—¿Es el jóven de quien me ha hablado el indio?

—Sí.

—Se llama Hernan Cortés, ¿no es cierto?

—Así se llama; y hasta creo que tiene algun parentesco, aunque lejano, con el gobernador de Santo Domingo.

—¿Y no sabeis qué objeto le trae aquí?

—El de todos: hacer fortuna.

—¿No traerá alguna mision secreta para Ovando?

—No lo creo.

—Es su pariente.

—Con todo.

—Le envían los enemigos del almirante.

—Pero saben de sobra que su padre no ha podido hacer carrera de él, que es de un génio indomable, de un carácter irascible, y que si le ha dado su vénia para pasar el charco, sólo lo ha hecho por librarse de él.

—¿Tan endiablado es ese mozo?

—Es, en efecto, lo que dicen; pero posee un corazón generoso. No hace mucho, al llegar, vió que un colono de Xaragua maltrataba á un indio. El infeliz se quejaba.

—«¿Por qué castigais á ese infeliz?» preguntó.

—«Porque he ofrecido para esclavo á uno de sus hijos á un amigo mio de la Isabela, le he dicho que le lleve, y se niega à obedecerme.»

—«Hace bien, vive Cristo, contestó el mozo, y juro por mi nombre que si descargais un solo golpe más sobre él, tendreis que habéros las conmigo.»

El colono era hombre de malas pulgas, le contestó, llamóle mozalvete, y si yo no me pongo de por medio, lo ensarta en su espada como dos y tres son cinco, á pesar de no contar Hernan más que diez y nueve años, y de ser su adversario uno de los mejores soldados que tuvo Roldan, el rebelde.

—Ganas me dan de conocerle. . . . Pero no conviene.

—Por mi nombre que si no sucumbe á las calenturas que dé cuando en cuando le acometen, ha de dar mucho que hablar en el mundo. Pero vamos á nuestro asunto.

—Teneis razon, hablemos.

Los dos comenzaron á comunicarse sus planes.

—¿Me habeis asegurado que vive el almirante?» preguntó Sagredo.

—Vive; pero su vida es peor que la muerte.

—¿Dónde se halla?

—En la costa de la Jamáica: allí anclamos los dos buques que nos quedaron como Dios nos dió á entender, y allí hemos aguardado en vano algun auxilio.

Mendez refirió á Sagredo todo lo que habia pasado en su primer viaje, el infame lazo que le habia tendido Ovando, su regreso á la costa de la Jamáica y los planes que habian acordado, y que á la sazón se hallaban realizando él y Fiesco.

—Dios sea loado, exclamó Sagredo, que me permite poder ser útil á Colon. ¿Decís que ese jóven genovés, á quien llamais Bartolomé Fiesco, ha ido á Santo Domingo?

—Allí debe encontrarse á estas fechas.

—¿Y vos pensareis partir?

—En cuanto encuentre una ocasion.

—Ya la habeis encontrado.

—¿Qué decís?

—Ved este documento, añadió Sagredo, mostrándole un papel.

—Es una órden de los reyes mandando á todos sus capitanes que obedezcan ciegamente á la persona que la ponga á su vista.

Ya veis que no puede ser mas expresiva.

—En efecto.

—Leed ahora, añadió, mostrándole otro papel.

—Es una carta particular de Aguado para Ovando. La recomendacion no puede ser más eficaz.

—¿Cuántas lágrimas secretas me ha costado este triunfo!

—¿Y qué pensais hacer?

—Partir inmediatamente á Santo Domingo; dadme una contraseña para que se fie Fiesco por completo de mí, yo le hablaré, y los dos, de acuerdo, acudiremos en socorro del almirante.

—¡Ah! Sí; eso es lo más urgente.

—Yo os ofrezco que no tardaré en hacerme digno de su perdon.

—Pero yo....

—Vos permaneceréis aquí, y en cuanto veais un buque con rumbo para España, acudid con una canoa; llamad al capitán, presentadle esta órden y os conduciré á España. Allí, sin pérdida de tiempo, entregad la carta que os ha dado el almirante para los reyes; buscad en Sevilla, en casa del contador general Soria, á Isabel Monteagudo, referidle nuestro encuentro, y vereis como todo sale à medida de nuestro deseo.

—Sí, sí.

—Yo voy inmediatamente á buscar á mi compañero de viaje.

—Partid, sí; no hay que perder un instante.

Iban á separarse, pero Sagredo volviéndose de pronto:

—¿Teneis mucha confianza, dijo á Mendez, en el indio que me ha guiado hasta aquí?

—La más completa.

—¿Vos no podeis llevarle en vuestra compañía?

—Seguramente no.

—Si le decís que me sirva con la más absoluta lealtad, ¿os obedecerá?

—Ciegamente.

—Pues bien, le necesito.

—¿Azcala! dijo Diego, llamando al indio.

—¿Qué mandais? preguntó éste, acudiendo á su presencia.

—Tengo que exigirte un nuevo sacrificio.

—Mandad.... mi vida es vuestra.

—Voy á partir.... y tú vas á considerar á este hidalgo como si fuera yo.

—Si es para bien vuestro, tendrá un esclavo en mí.

—Es necesario que le obedezcas ciegamente.

—Azcala lo jura por la memoria de Ithalai.  
 —Basta.... muy pronto nos veremos, y yo te cumpliré mi promesa.  
 —¿Cuándo hemos de partir? dijo el indio á Sagredo.  
 —Ahora mismo.  
 Los dos amigos se despidieron  
 Sagredo y Azcala volvieron á Xaragua  
 Diego Mendez aguardó con impaciencia un buque que le condujera á España.  
 Pasaron cuatro dias sin que vieran en el mar un solo punto blanco que le indicase la deseada vela.  
 Al fin una mañana vió hacia el Occidente una embarcacion que costeaba la isla.  
 Para acercarse á ella no necesitaba canoa.  
 Desde el buque podian oirle, y á sus voces dispuso el capitán que fuesen dos marineros en un bote á la orilla para verlo que deseaba.  
 Mendez subió á él y fué conducido á bordo.  
 Allí presentó al capitán la orden que le habia dado Sagredo.  
 El capitán le admitió á bordo y despues de un felicísimo viaje, llegó á España.  
 Pronto volveremos á encontrarle.  
 Sigamos ahora á Fiesco, y veamos cómo llegó á su presencia el anciano Sagredo, que no tenia más que un deseo: salvar al almirante.

## CAPITULO LXXVI.

Donde Fiesco representaba su papel á las mil maravillas.

**B**ARTOLOME Fiesco, con las dos canoas y los indios que las tripulaban, llegó á Santo Domingo. Con el objeto de que empezara á desempeñar bien el papel que se habia propuesto representar cerca de Ovando, y con el de que el almirante pudiera tener noticia de su feliz llegada á la capital de la colonia, mandó á los indios que se volviesen con las canoas á la costa de la Jamáica.

Al primer español que encontró le suplicó se sirviera guiarle al palacio del gobernador, anunciándole que traia urgentes despachos para él.

Su llegada despertó gran curiosidad.

Todos deseaban saber de dónde procedia, porque no tenian noticia de que hubiera llegado ningun buque; y como él se presentaba embarcado en canoas tripuladas por indios, presumieron que fuese algun náufrago, porque nadie podia imaginar que lo enviase el almirante.

Ovando, que procuraba, como hemos dicho ya, excusar sus torpezas, paliar su infame conducta con una apariencia de bondad, con una llaneza que mendiga popularidad, se apresuró á recibir al forastero que de aquella manera tan extraña llegaba á sus dominios.

Bartolomé no se desconcertó en presencia del gobernador.

—¿Qué deseais de mí? le preguntó éste.